

### CAPÍTULO III

## E L O T R O S E C T O R

**S**IN embargo, sería falso afirmar que las tradiciones liberales constituyen la única característica de la vida intelectual en este país. Sería también un gran error calificarlas de resultado natural del carácter del pueblo americano, como se ha hecho a menudo. Un pueblo o una nación no poseen en general ningún carácter determinado, en tanto que por tal se entiende aspiraciones espirituales singulares que inspiran a cada miembro particular de la comunidad humana. El carácter se puede comprobar tan solo en el individuo, pero no en los grupos, los pueblos y las naciones. Una nación no es una unidad intelectual ni una unidad material. Como se descompone en clases, castas y estamentos distintos, que por lo general persiguen intereses completamente diversos, así es también espiritualmente solo un reflejo de todas las ideas, concepciones y aspiraciones imaginables, que a menudo se oponen entre sí de la manera más aguda y no se pueden fundir nunca unas con otras. Los Estados Unidos no pueden ser una excepción a esta regla

general. El liberalismo americano no es la única expresión del americanismo puro —cualquier cosa que se entienda por ello— como no lo son tampoco los reglamentos del *Ku-Klux-Klan* o el libro sagrado de los *Mormones*.

Junto a las grandes y renovadoras ideas del liberalismo ha existido en este país, desde sus comienzos, toda una serie de aspiraciones retrógradas y manifiestamente reaccionarias que tuvieron una influencia innegable en el desenvolvimiento espiritual de la vida americana y tal vez la tienen hoy más que nunca. Esas aspiraciones no eran de ningún modo una mera consecuencia de los grandes monopolios del país y del sistema capitalista que se desarrollaba en él, cada día más difícilmente armonizables con los principios de la *democracia jeffersoniana*; aparecieron en el primer período de la vida de este país y fueron esencialmente favorecidas por su desarrollo económico ulterior. También fueron tomadas e introducidas de Europa, como las ideas de Locke y el liberalismo inglés.

Si se toma en consideración este hecho, se comprende que la forma del desenvolvimiento histórico de América no podía ser esencialmente diversa de la de Europa, a pesar de que la Constitución garantizaba a cada ciudadano el derecho a la vida, a la libertad y a la felicidad. Para que esto fuera realmente posible, el elemento reaccionario no habría tenido que ser tan fuerte desde el comienzo. Las ideas del acuerdo mutuo y de la cooperación pacífica que defendía

el liberalismo, encontraron pronto un fuerte contrapeso en la intolerancia de aquellos en cuya sangre, por decirlo así, está el espíritu de la tutela, y que pretenden siempre, en consecuencia, prescribir a su prójimo las formas de su dicha y de su libertad y, en caso necesario, imponérselas por la fuerza. Esto condujo naturalmente a choques violentos que hicieron que el desarrollo interno de América fuera tan sangriento y brutal como el de la mayoría de los otros países. La guerra civil entre los Estados del Norte y los del Sur, que devastó horrorosamente al país, destruyó billones de valores materiales y costó la vida a 800.000 hombres, es un ejemplo clásico de ello.

La frase famosa que habla de América como del *refugio de todos los perseguidos por las tiranías*, no fué más que una bella fábula. Cuando Guillermo el Silencioso incitó a sus compañeros de religión a emigrar hacia América, argumentando que “es mejor disfrutar de la libertad en los desiertos de un lejano territorio que soportar la esclavitud con todo el confort en una patria antipática”, no hacía más que soñar con perspectivas hermosas. Las terribles persecuciones contra los *cuáqueros* y los *antinomianos*, que no pudieron salvar su amor a la paz contra el fanatismo de sus contemporáneos, el proceso contra Anne Hutchinson en Boston (1634), y la ejecución de Mary Dyer (1659), son ejemplos elocuentes. Los cuáqueros y otros herejes fueron públicamente azotados, sus derechos civiles y sus caudales fueron confiscados y a

las víctimas se las arrojó de las fronteras del Estado. Su regreso fué penado con la muerte. Las ejecuciones de Marmaduke Stevenson, William Robinson, Mary Dyer y otras, fueron demostraciones de que la ley no admitía bromas. En todos estos casos no se trataba simplemente de los ateos o de los llamados librepensadores, sino de adeptos de las doctrinas cristianas, como en el caso de Henry Vane y de John Wheelwright; éstos no habían cometido otro crimen que el de sostener la libertad de creencias, el de no acatar las prescripciones del día de ayuno y el de tener sobre asuntos religiosos otra opinión que la de los jefes de la Iglesia oficial.

Tampoco la revolución de las colonias americanas contra Inglaterra y la victoria de los colonos sobre la metrópoli aplacaron en modo alguno las aspiraciones reaccionarias en este país, sino que les dieron nueva expresión. Toda una serie de historiadores famosos vieron en esta rebelión de las colonias simplemente una lucha de la democracia contra el principio de la monarquía. Respecto a una parte de los jefes de esa lucha, es absolutamente verdad, pero sólo respecto a una parte, mientras que la obra no tenía nada que objetar a las instituciones monárquicas de Inglaterra y sólo luchaba porque se había vuelto insoportable la política opresora de la metrópoli y no quedaba otra vía abierta. Entre los colonistas hubo una buena cantidad que no podía entusiasmarse en manera alguna por la independencia. Washington mis-

mo se quejó más de una vez de esa tibieza, por la cual se prolongó excesivamente la guerra. Cuando, al fin, pasó la guerra y se hubo de resolver sobre la forma de gobierno del país, se encontraron de inmediato frente a frente dos fuertes partidos, con interpretaciones diversas sobre la forma más conveniente del Estado.

Antes de haber disuelto el ejército, se dirigieron a Washington algunos de los jefes militares más conocidos, entre ellos especialmente Steuben Knox, los cuales, como dijo Jefferson, "arrastrados a la monarquía por los hábitos militares", no tenían sentido alguno de una república, y le propusieron decidir el problema de la forma de Estado con la ayuda de las tropas. Incluso le ofrecieron a él mismo la corona y le prometieron completo apoyo, pero Washington rechazó la propuesta. Sin embargo, esas pretensiones no fueron liquidadas en manera alguna con ello y Jefferson mismo informa al respecto: "Antes del establecimiento de nuestro gobierno actual, existía en Nueva York y en los Estados orientales una amplia combinación de elementos de esa naturaleza, que eran en parte monárquicos por principio o que habían sido aterrorizados por la rebelión de Shay y la impotencia del antiguo Congreso. Se reunieron en diversas localidades sus delegados y deliberaron acerca de la toma del poder por un nuevo gobierno y de su instauración por la fuerza; se comunicaban unos con otros y enviaron un emisario al general Washington

para solicitar su cooperación. El rehusó unirse a ellos”.

Jefferson informa luego también sobre cómo los adversarios de la democracia siguieron poniendo en movimiento todos los resortes para frustrar un acuerdo en las deliberaciones de los Estados acerca de la Constitución. “Deseaban complicar cada vez más las cosas para justificar las medidas violentas que proponían. Ridiculizaban públicamente como proyecto utópico, visionario y sin precedente, la idea de establecer un gobierno por la razón y el acuerdo”. Y en otro pasaje de su *Anas* explicó Jefferson: “La lucha de ese día (antes y durante la formulación de la Constitución) fué una disputa de principios entre los partidarios de un gobierno republicano y los de un gobierno realista. Si los primeros no hubiesen hecho los esfuerzos que hicieron, nuestro gobierno habría sido en aquellos primeros días algo muy diferente de lo que han conseguido que fuese aquellos esfuerzos victoriosos”.

Alexander Hamilton y el partido de los llamados *federalistas*, caracterizados por sus adversarios como monárquicos, aspiraban a un fuerte poder central de Estado, con todo el poder en manos del presidente y del Congreso. Hamilton era también de opinión que el presidente y los senadores debían ser elegidos por toda la vida, “para evitar los vicios de las democracias”. Político ingenioso, pero ladino, cuyas ideas arraigaban en los círculos del monarquismo,

carecía en general de toda comprensión de las causas y las leyes más profundas de la vida social y veía en los medios represivos de la violencia organizada y del soborno los únicos fundamentos de una política eficaz. Por eso se comprende que hombres como Paine y Jefferson fuesen para él utopistas empedernidos.

Jefferson y sus partidarios se pronunciaron por el principio de la autoadministración política, que aseguraba a cada uno de los Estados comprendidos en la Unión la plenitud de sus derechos. La Constitución fué para ellos simplemente un pacto mutuo de defensa para el logro de las exigencias comunes, por lo cual eran opuestas determinadas barreras al gobierno federal, barreras que no le permitían inmiscuirse en las leyes de los diversos Estados. Contra una usurpación eventual debían los Estados mismos defenderse, no acatando las decisiones del gobierno federal que había ido más allá de sus atribuciones. Y como, según Jefferson, entre partidos que han concertado un pacto no existe ningún juez común, cada partido tiene por tanto el derecho a decidir por sí mismo dónde ha tenido lugar una usurpación y cuáles son los medios para remediarla.

Cuando, por fin, se aprobó la Constitución, a pesar de lo que contra ella trabajaron los *federalistas* <sup>(1)</sup>, y en 1789 fué anunciado el *Bill of Rights*, que

---

<sup>(1)</sup> El principio político de los federalistas americanos decía justamente lo contrario de lo que en Europa se entendía por *federalismo*, es decir: agrupación voluntaria de comunidades independientes o de

reconocía la igualdad de todos los hombres y su derecho a la vida, a la libertad y a la dicha, la resistencia del partido federalista contra la Constitución fué quebrantada, pero sus aspiraciones continuaron manifestándose todavía fuertemente.

Ya en tiempos del segundo presidente, John Adams, elegido como candidato del partido federal, entraron en vigor las famosas leyes contra los extranjeros y la sedición (*Alien and Sedition Laws*), que suprimieron prácticamente todos los derechos garantizados a los ciudadanos por la Constitución. Dieron al presidente un poder casi ilimitado y declararon a los extranjeros algo así como caza libre. No sólo tenía el presidente el derecho de expulsar de los Estados Unidos a todo llamado extranjero del cual se pudiesen probar actos contra la paz y la seguridad del Estado, sino a aquellos de los que el presidente "pudiera suponer razonablemente que eran sospechosos de relación con una maquinación traidora o secreta contra el gobierno". Sobre la base de esta ley, todo ciudadano que se hiciera culpable, por medio de la palabra hablada o escrita, de una observación "falsa, escandalosa o maliciosa" contra el gobierno, las instituciones legislativas o la persona del presidente, podía ser castigado con una multa no mayor de dos

---

organizaciones sobre la base de los convenios libres para un determinado objetivo. En este sentido eran Jefferson y sus partidarios los verdaderos federalistas, mientras que los llamados federalistas eran centralistas políticos de la más pura cepa.

mil dólares o prisión hasta dos años. En comparación con esas prescripciones draconianas, la ley bismarckiana contra los socialistas era relativamente suave.

Se ha intentado justificar esas leyes por la guerra contra Francia. En realidad han sido aplicadas principalmente contra los *republicanos*, a quienes se llamaba "apóstoles de la rebelión". John Adams fué considerado por sus adversarios abiertamente como monárquico. Lo cierto es que el jefe del Estado, según sus disposiciones, debía ser tratado con las palabras "Su Majestad, el Presidente", y Jefferson le atribuyó la consigna: "El republicanismo debe ser anulado, señor". Las corporaciones legislativas de Virginia y Kentucky adoptaron en 1798 y 1799 resoluciones en que se calificó a las *Alien and Sedition Laws* como peligrosas y anticonstitucionales, y se declararon con derecho a negar obediencia al presidente en el caso que insistiese en sus exigencias.

Con la entrada en el gobierno de Jefferson, las leyes de los extranjeros y de la sedición fueron nuevamente abolidas, pero las aspiraciones de que habían surgido persistieron y fueron también una de las causas que llevaron más tarde a la guerra civil, pues en esa lucha no solo se trataba de la abolición de la esclavitud de los negros, sino de toda una serie de causas políticas y económicas que no podemos discutir en este breve estudio. Jefferson mismo no apreciaba gran cosa la *convicción republicana* de muchos de aquellos que habían jugado un papel en la lucha por

la independencia de las colonias y se apoyó por entero en la opinión del pueblo. Por eso escribió el 19 de junio de 1792 a Thomas Paine.

*“¿Creerá Ud. posible que en este país haya altos e importantes personajes que necesitan sus lecciones de republicanismo y que no le prestan atención? Es demasiado verdadero que tenemos una secta que predica y suspira por una constitución inglesa de rey, lores y comunes, y cuyas cabezas sueñan con coronas, coronillas y mitras. Pero nuestro pueblo, mi buen amigo, es firme y unánime en sus principios republicanos y no hay mejor prueba de ello que el hecho que gusta de lo que Ud. escribe y lo lee con regocijo... Haga con su pluma entonces lo que en otros tiempos se hacía con la espada; muéstrele que la reforma es más práctica si se opera antes en el espíritu que en el cuerpo del hombre, y esté seguro que no tiene un partidario más sincero ni un adepto más ardiente que él”.*

Lo cierto es que en este país hubo siempre aspiraciones organizadas dirigidas fundamentalmente contra los principios del liberalismo americano. Así surgió en 1830 el llamado *Anti-Masonic Party* que, no solo se dirigió contra los masones, sino que, apoyado por las iglesias, y numerosas sectas religiosas, llevó una cruzada formal contra el llamado librepensamiento, lo que dió motivo a toda suerte de perse-

cuciones a pesar de la libertad religiosa que había sido garantizada a cada ciudadano por la Constitución. El motivo directo para la fundación de este partido surgió de la desaparición misteriosa de un antiguo masón, William Morgan, que había hecho toda clase de *descubrimientos* sobre la masonería, y del que se afirmó que había sido muerto por sus antiguos compañeros, aunque no pudo aportarse nunca la sombra de una duda.

En el año 1834 fué fundado el *Native American Party*, que encontró numerosos partidarios, especialmente en Nueva York y Filadelfia. Este partido se distinguió principalmente por su odio fanático contra los extranjeros y exigió la expulsión de los cargos públicos de los no nacidos en América. Ese movimiento desapareció poco después de la superficie, pero revivió en 1844 en el partido de los *Know-Nothings*<sup>(2)</sup> que en 1850-60 dió bastante que hablar y se convirtió en receptáculo de todos los elementos reaccionarios. Los *Know-Nothings* infligieron a los demócratas en 1855 en Virginia, Alabama, Georgia, Mississippi, Texas y Lousiana, no solo sensibles pérdidas, sino que alcanzaron también los cargos de gobernadores en los Estados de California, Maryland, New Hamshire, Rhode Island, Connecticut, Massachusetts y Nueva York. En las elecciones presidencia-

---

(2) El movimiento surgió en 1852 como orden secreta, cuyos miembros se habían comprometido a responder *I know nothing* (Yo no sé) a toda pregunta relativa a su organización. De ahí el nombre.

les de 1856 recibieron los *Know-Nothings* casi un millón de votos contra unos tres millones de los republicanos y de los demócratas. Este movimiento se dirigió principalmente contra los católicos en este país, pero persiguió también a todas las corrientes liberales con el mismo fanatismo y se convirtió en una especie de peligro público para toda interpretación libertaria.

En Maine y Massachusetts fueron azotados niños católicos y expulsados de las escuelas por negarse a leer la Biblia protestante. El período del movimiento de los *Know-Nothings* fué un período del peor terrorismo populachero y condujo en muchas partes del país a increíbles extralimitaciones. Iglesias y casas de católicos fueron incendiadas, sacerdotes fueron embreados y emplumados, fueron destruídos libros y la población fué aterrorizada en las elecciones. En algunas ciudades se llegó a batallas callejeras formales, en las que seres humanos fueron muertos y heridos.

Después de unos años desapareció también este movimiento de la publicidad, pero la semilla que sembró no fué sofocada nunca por completo y continuó floreciendo a escondidas. Se podría decir que la aparición repentina de tales movimientos y su desaparición igualmente rápida después de un tiempo, es prueba de que no han podido echar raíz alguna en el pueblo. Creo, sin embargo, que esa interpretación sería demasiado superficial, pues importa poco que esos movimientos no tengan larga duración

como organización cerrada, si esas aspiraciones reaparecen en una u otra forman y dejan en el pueblo sus huellas espirituales. Su fracaso como partido político no puede atribuirse a que sus ideas hayan carecido de adhesión sino a que los dos grandes partidos políticos que hubo siempre en América —aun cuando bajo distintos nombres— eran ya tan fuertes que la aparición de un tercer partido no era empresa fácil. Pero eso no ha impedido que los dos grandes partidos dirigentes fuesen a menudo influídos por aquellas aspiraciones reaccionarias y hayan tenido que tomarlas en consideración en una u otra forma.

En algunos casos revivieron esos movimientos hasta con el mismo nombre. Por ejemplo el *Ku Klux Klan*, que apareció en los Estados del Sur después de la guerra civil, cuando, por la enmienda catorce a la Constitución, todos los que habían participado en la rebelión contra los Estados Unidos fueron privados de sus derechos civiles. La actividad del Klan se circunscribió entonces a aterrorizar a la población negra y también a aquellos blancos que se atrevían a poner en tela de juicio la *respectability* de los habitantes de los Estados del Sur. Cuando en 1870 se concedió nuevamente el derecho de sufragio a los antiguos rebeldes por una nueva enmienda constitucional, desapareció el *Ku Klux Klan*. Pero después de la primera guerra mundial apareció de nuevo y adquirió una fuerte influencia en toda una serie de Estados. Su programa se había ensanchado y predicaba ahora la

lucha contra los negros, los judíos y los católicos. Que la influencia del Klan no ha desaparecido todavía es innegable.

La lucha de esa reacción espiritual contra las aspiraciones liberales, que atraviesa como un hilo rojo toda la historia de este país, impidió en gran medida aquel desenvolvimiento social con que habían soñado los demócratas y los liberales sinceros. Los métodos brutales con que se trató de acobardar a los adversarios políticos, y entre los cuales el *embreado* y el *emplumado* y la justicia de Lynch jugaron un papel no pequeño, explican por qué hombres como Wendell Phillips, William Lloyd Garrison y muchos de sus partidarios eran tan extraordinariamente agrios en sus expresiones. Pues la lucha contra la esclavitud de los negros no era en manera alguna el resultado de un movimiento popular general, como se ha dicho tan a menudo. Fué la lucha de una pequeña minoría de hombres y mujeres decididos que sintieron la institución de la esclavitud como inconciliable con los principios de la *Declaration of Independence* y lucharon contra esa injusticia manifiesta.

Pero su actividad no encontró acogida alguna en el pueblo durante mucho tiempo, ni en los Estados del Norte ni en los del Sur. Su cifra no aumentó esencialmente, a pesar de la incansable propaganda de muchos años, e incluso un apóstol tan combativo de la buena causa, como Wendell Phillips, declaró unos años antes del estallido de la guerra civil con

evidente resignación: “En lo que concierne a la política nacional, estamos derrotados, no hay esperanza”. Los llamados *abolicionistas* no solo tenían que combatir contra la esclavocracia del Sur, sino también contra la resistencia abierta de las iglesias y de los órganos gubernativos de los Estados del Norte y ante todo contra un populacho artificialmente azuzado, a cuyos bajos instintos apelaban sin cesar los adversarios del abolicionismo. Theodore D. Weld, que vivió aquel período desde el comienzo al fin, trazó al respecto el siguiente cuadro:

*“La civilización presupone un gobierno de derecho. Si el derecho es abolido, la sociedad se hunde en la barbarie. Así estuvo esta nación en su relación con los abolicionistas. El populacho había sido excitado durante años en todas partes contra ellos. Eran víctimas de un ostracismo indiscriminado. En todas partes eran condenados por odiar la esclavitud y manifestar ese odio. En millares de casos fueron objeto de asaltos personales, de malos tratos, de apaleamientos. Eran apedreados, golpeados con las culatas de los fusiles, abofeteados, blanco de toda clase de proyectiles, y cuando se les atrapaba, eran despojados de cuanto llevaban encima. Se les arrojaban suciedades, se les rasgaba la ropa, se azuzaba contra ellos a la gente, se les emplumaba, sus casas eran saqueadas, se hacía fuego en las calles con sus muebles y ropas, sus vehícu-*

los y los arneses de los caballos eran cortados y rotos, y sus animales domésticos eran perseguidos, atacados con agua caliente, esquilados, estropeados y muertos. Entre aquellos ultrajes, aparte de asaltos y amenazas a la paz, había algunas veces robos, mutilaciones e incendios; los abolicionistas se vieron obligados a huir de sus hogares hacia los campos y los bosques y sus casas fueron quemadas. Eran arrastrados y arrojados de los lugares en que celebraban sus reuniones. Durante un cuarto de siglo, nuestra civilización se hundió en la barbarie. La ley, que para otros era protección, para los abolicionistas era la burla más extrema. Más aún, los señalaba como a sus víctimas. Pretendiendo protegerlos, los entregaba a la expoliación y señalaba a los expoliadores su presa. De las decenas de millares que perpetraron tales atrocidades, ninguno sufrió la menor penalidad legal por esas violaciones asombrosas del derecho"<sup>(8)</sup>.

Garrison, el valeroso editor del *Liberator* escapó apenas a la muerte en un ataque del populacho al *Anti-Slavery Office* de Boston. C. Martyn describe esta escena, a la que también asistió el entonces joven Wendell Phillips.

*"Unas treinta mujeres, pálidas pero arregladas, bajaron las escaleras y marcharon en manifes-*

---

(8) T. D. Weld. *Eulogy of Wendell Phillips*.

*tación a lo largo de la calle entre los gritos e insultos de la multitud... Pero he ahí que un hombre con la cabeza descubierta, con una cuerda alrededor de su cintura, las vestiduras rotas, pero con la frente en alto, la cara serena, y los ojos brillantes de un mártir, era llevado al lugar de ejecución, hacia el City Hall, que estaba próximo. ¡Matadle! ¡Lynchadle! ¡A la horca el abolicionista! Esas exclamaciones eran lanzadas al prisionero como proyectiles. ¿Qué es esto? —preguntó Mr. Phillips. —¿Esto? —repondió un espectador—. Es Garrison, el maldito abolicionista. Van a colgarlo (4).*

Que en los Estados del Sur ningún abolicionista de los del Norte tenía la posibilidad de expresar libremente su convicción, era natural, a pesar de todos los derechos constitucionales de la libertad de palabra y de prensa. La legislación de Virginia declaró en 1836 alta traición la propaganda en favor de la abolición de la esclavitud, y Tennessee y Maryland tomaron idénticas medidas. Edward Everett, gobernador de South Carolina, exhortó en 1835 a los legisladores de Massachusetts a abolir la libertad de palabra "como un mal". Y Mc Duffy, gobernador del mismo Estado, que había calificado la esclavitud como "piedra angular del edificio republicano", llegó en su odio contra las clases laboriosas en general a declararlas, "blanqueadas o no blanqueadas", como

---

(4) C. Martyn: *Wendell Phillips. The agitator.*

“elemento peligroso en el cuerpo político”, y quería que se castigase “con la pena de muerte sin el beneficio de la confesión” a todo el que tuviese el atrevimiento de atacar las instituciones sociales del Sur <sup>(5)</sup>.

En esas circunstancias no hay que maravillarse de que la prensa de aquel Estado tuviese un lenguaje idéntico y que un diario influyente, *The Telescope*, de Columbia, South Carolina, pudiera escribir: “Declaremos a través de los diarios públicos de nuestra región que la cuestión de la esclavitud no está y no debe estar abierta a la discusión; que el verdadero momento en que un individuo privado trate de predicarnos acerca de sus males y su inmoralidad, en el mismo momento su lengua debe ser cortada y arrojada al estercolero”.

El Estado de Georgia había decretado un premio de cinco mil dólares al que entregase a su jurisdicción la persona de Garrison, el enemigo inflexible de la esclavitud. El senador Preston, de South Carolina, declaró en la legislatura: “Que un abolicionista llegue a los límites de South Carolina y, si podemos echarle mano, lo trataremos como es debido; y pese a toda la interferencia de todos los gobiernos de la tierra, incluyendo el Gobierno Federal, lo ahorcaremos”. Cuántos hombres amenazados con la justicia de Lynch han caído realmente víctima de ella, es difícil establecerlo. Garrison mismo publicó en 1856

---

<sup>(5)</sup> O. Johnson: *Garrison and his Time*.

en el *Liberator* la cifra 300 blancos que habían caído víctimas de los lynchamientos en el Sur durante los últimos veinte años por haber defendido la liberación de los negros. No da las pruebas especiales de esa cifra, pero esa cantidad se podría aproximar bastante a la verdad.

Si se toma todo esto en consideración, se comprende la actitud vacilante de Lincoln, incluso después del estallido de la guerra civil, actitud que le valió violentos ataques de parte de los abolicionistas. La abolición de la esclavitud de los negros no era realmente una causa popular. Se convirtió en tal tan solo con el desarrollo ulterior de la guerra. Pero entonces se produjo una nueva calamidad. La Constitución y los derechos legales del ciudadano fueron violados por ambas partes como nunca lo habían sido antes. Los confederados, cuyo triunfo moral más fuerte era la defensa de los *derechos de los Estados* contra el *Gobierno Federal*, llegaron con el tiempo tan lejos que querían conceder al general Lee una dictadura militar, lo cual estaba en la más aguda contradicción con los derechos de los Estados particulares y, según toda verosimilitud, no fué realizado este deseo porque era demasiado tarde para ello. Por la otra parte, Lincoln tuvo que soportar tranquilamente las escandalosas arbitrariedades de sus generales, no pudiendo hacer nada en contra. La guerra es seguramente el último medio para contribuir al mantenimiento de los derechos constitucionales, especialmen-

te cuando se trata de una larga guerra que favorece en alta medida el embrutecimiento de las costumbres. Esto se vió claramente después que la guerra impuso la privación de derechos civiles a los Estados del Sur y rompió el equilibrio social del país por muchos años.

El desarrollo capitalista en este país, la influencia de los grandes monopolios económicos favorecieron de todas las maneras las aspiraciones antiliberales en su política interior y exterior. Por eso recibieron también las luchas entre el capital y el trabajo, que son el resultado lógico de esa evolución, un carácter tan extraordinariamente violento que hasta en Europa se encuentra raramente. Una gran parte de procesos políticos tendenciosos, que despertaron gran interés fuera de las fronteras de los Estados Unidos, como por ejemplo el asunto del *Haymarket* en Chicago (1886-87), que fué reconocido más tarde por el gobernador John P. Altgeld como un evidente error judicial, deben ser atribuídos a esas aspiraciones antiliberales. Esas aspiraciones hallaron su expresión diversamente en la legislación federal y de los varios Estados, lo cual estaba a menudo en la más pura contradicción con todos los principios del liberalismo americano. Las *Alien and Sedition Laws*, de las que ya se habló, y la llamada *ley antianarquista*, son solamente dos ejemplos clásicos entre muchos otros.

Jefferson había previsto con una asombrosa perspicacia esa evolución, y por eso dedicó todas sus ener-

gías a consignar los derechos del pueblo en la Constitución, para que todos los hombres liberales pudiesen servirse de ella en el porvenir como punto de apoyo en su lucha contra la reacción. Fueron justamente proféticas las palabras que escribió en 1781:

*No se repetirá nunca bastante a menudo que el momento de establecer todo derecho esencial sobre una base legal, es aquel en que nuestros gobernantes son honestos y en que nosotros mismos estamos unidos. Al finalizar esta guerra (contra Inglaterra) iremos barranca abajo. No será entonces necesario reclamar en todo instante la ayuda del pueblo. Este será olvidado entonces, y sus derechos no serán tomados en consideración. El mismo los olvidará, preocupado por el único objetivo de hacer dinero, y no pensará nunca en unirse para imponer el debido respeto a sus derechos. Los grilletes que no arrojemos de nosotros al concluir la guerra, pesarán sobre nosotros largo tiempo, se volverán cada vez más pesados hasta que nuestros derechos resurjan o sucumban en medio de una convulsión”.*

No hay que olvidar nunca este reverso de la medalla, si se quiere ver el desarrollo espiritual y social de América en su verdadera luz. El que se olvida de esto, se crea una caricatura que no tiene parentesco alguno con la realidad de la vida. Solo cuando apreciamos justamente el peligro artero de las aspiraciones

reaccionarias en este país y lo valorizamos plenamente, adquirirán toda su importancia las tradiciones del liberalismo americano. El mundo actual se encuentra ante este dilema de la historia: o bien ha de hundirse por siglos en el pantano del absolutismo o se conquistará un futuro mejor por la reanimación del espíritu libertario sobre una base material nueva. Esto no solo se aplica a Europa, sino también a América; no sólo a un pueblo, sino a todos los pueblos. Este es el problema que decidirá de nuestro próximo futuro y si la rueda de la historia girará hacia adelante o hacia atrás.